



Revista electrónica internacional

www.sens-public.org

Relatos

Récits

JOSÉ LUIZ RODRIGUEZ GARCÍA

Resumen: Pertenecientes al volumen *El coleccionista de láminas*, que aparecerá en mayo de 2007 en Mira Editores, Zaragoza. José Luis Rodríguez García vuelve en su último libro al relato breve, en el que ya había demostrado su valía con el volumen "Fotogramas del diluvio" [Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2000]. Sabe condensar tensión narrativa, variedad de escenarios y un conocimiento profundo de la historia y del pensamiento de nuestro tiempo. Cuida la prosa como pocos escritores de nuestro presente literario. Es capaz de parafrasear o de elaborar juegos intertextuales de modo que su escritura no deje nunca de ser suya. De un tramo a otro, exige la atención del lector y lo lleva a disfrutar con inteligencia, sin desfallecimientos, de mundos narrativos que no ofrecen fisuras. José Luis Rodríguez García es uno de los narradores más interesantes del panorama literario español actual, por su independencia, su honestidad intelectual y su confianza en los lectores [José Giménez Corbatón].

Résumé: Ces cinq récits font partie du volume "El coleccionista de láminas" qui sera publié en mai 2007 chez Mira Editores, Saragosse. Dans son dernier livre, José Luis Rodriguez Garcia revient au récit court, genre dans lequel il a excellé dans le volume « Fotogramas del diluvio » [Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2000). Il sait conjuguer tension narrative, scénarios variés et connaissance approfondie de l'histoire et de la pensée de notre temps. Il soigne la prose comme peu d'écrivains aujourd'hui. Il est capable de paraphraser et d'élaborer un jeu intertextuel de manière à ce que son écriture reste toujours la sienne. D'un passage à l'autre, il exige l'attention du lecteur et le porte avec intelligence dans des mondes narratifs sans failles. Par son indépendance, son honnêteté intellectuelle et sa confiance dans le lecteur, José Luis Rodríguez García est l'un des écrivains les plus intéressants du panorama littéraire espagnol actuel.

El retorno

Vania Rodavich regresó a Moscú, su ciudad natal, a finales de marzo, días después de que llegara al frente la noticia de la paz de Brest-Litovsk, para encontrarse con la muerte. Durante los meses siguientes a su llegada se acostumbraría a callejear y repasar viejos libros de botánica hasta que le vencía el cansancio y la claridad del alba se convertía en una sábana rosa sobre las humeantes chimeneas y las aguas del Volga. Pero un año más tarde, cuando ya las tropas del almirante Alexandr Koltach habían formado el gobierno de Omsk y los tártaros asolaban las alejadas poblaciones siberianas, Vania Rodavich decidió alistarse en el ejército rojo, incapaz de soportar la mirada acusatoria de su madre viuda, quien musitaba, yendo de aquí para allá, que el buen padre Dios no admitiría que les robaran a los rusos lo que había costado sudor y lágrimas. Ya en el cuartel se enteró de que Antón Denikin avanzaba con sus tropas hacia Moscú y que Yodenich Rodzianko sitiaba Petrogrado. Los ánimos estaban exaltados. Los soldados aferraban sus fusiles y escribían cartas de encendido amor a sus novias. Vania Rodavich se sentía incómodo con el uniforme usado, pensando que, hace días, él paseaba a esta misma hora por las calles, cuando la puerta se abrió y un oficial, cubierto con la gorra en la que brillaba la estrella roja, ordenó a los soldados que formasen. Los francotiradores están disparando desde el palacio de Serguei Ivanóvich Chtchukin, anunció con seriedad, seguramente una avanzadilla de los traidores de Denikin, agregó con rabia. Abandonaron el cuartel y, subiéndose a los camiones, apretujados, se dirigieron al objetivo. Los soldados se despliegan a cien metros del palacio de Chtchukin, avanzan en zigzag para aproximarse a la fachada de piedra. Una bala rozó el brazo de Vania Rodavich cuando cruzaba la calle. Un aullido de dolor le estremeció y retiró de inmediato su mirada del rostro ensangrentado del soldado caído a su lado. No encontraron resistencia. Tomaron la planta baja con rapidez. Vania Rodavich se parapetó tras una carroza decorada con dibujos de las ramas del helecho y del mágico muérdago. El oficial ordenó que ascendieran hacia los pisos superiores donde los francotiradores resistían. Obedecieron los soldados. Vania Rodavich se arrastró como pudo sobre las escaleras de mármol hasta llegar ante una puerta de oscura madera labrada. Se yergue. La empuja con su bota. El aire frío de la mañana de octubre hiela su rostro y, entonces, un ruido le sobresalta: temblando, con la mirada aterrada, un muchacho rubio y de ojos azules, que ha dejado su fusil sobre las baldosas del suelo, está escondido bajo una mesa de estilo

Enrique III. Vania Rodavich lo apunta con su arma, va a disparar cuando descubre las lágrimas que humedecen las mejillas del asustado muchacho y, respirando profundamente, se da la vuelta para alejarse. Entonces, le sorprendió una pintura que representaba a varias muchachas desnudas danzando agarradas de la mano sobre un indeterminado fondo azul. Sus ojos no pueden separarse de ese hermoso cuadro. Y Vania Rodavich seguía contemplando los cuerpos desnudos, embrujado por sus cabelleras morenas y por la alegría que adivinaba en su juego, cuando oyó el disparo a su espalda y, entonces, supo que iba a morir.

* * *

La pequeña sastrería

Cuando la primera luz de la mañana y el ruido de los renqueantes tranvías anunciaba el despertar de la ciudad invadida, ya estaba monsieur Dupont vigilando a los aprendices que limpiaban el polvo de las estanterías y abrillantaban con cera el suelo entarimado mientras él acariciaba los trajes y las camisas que vestían los cuidadosísimos maniqués a los que quería como si fueran de la familia. Todo transmite una soberbia delicadeza. Los quinqués son de coloreado cristal esmerilado y hay paños con puntillas sobre los mostradores. Hay un expositor con exclusivos sombreros que confeccionan en el taller que está en la trastienda. Cuando se escuchan las campanadas que anuncian las nueve, los aprendices se retiran con rapidez para reaparecer al cabo de pocos minutos ataviados con los correctos uniformes de La pequeña sastrería. Monsieur Dupont revisa a sus operarios, asintiendo con benevolencia. Algunos días baja la guardia, pero es que comprende que la vida se ha puesto difícil, así que a veces no le inquieta que unos tengan ojeras y otros las uñas sucias. Son tiempos amargos y en verdad que resulta casi imposible mantener la higiene y la prestancia, máxime desde que madame Signoret decidió acompañar a su esposo en la noche de candados y trenes oscuros cargados con sombras y animales que se dirigían al este. Esperan a que lleguen los primeros clientes fingiendo que las tareas les absorben, aunque en verdad no hacen nada, disimulan aunque no se sepa a ciencia cierta para quién, acaso para ellos mismos, actuando como si nada haya cambiado, como si no hubiera toque de queda y disparos en la noche. Así que les reconfortó en verdad oír el sonido de la campanilla dorada de la entrada. Es ya media mañana. Todas las miradas se vuelven hacia la puerta. Es monsieur Verdi, quien viene a probarse el smoking a medida que ha encargado para la boda de su hija. Monsieur Dupont acude presto con la mano extendida y, después de saludar al duque, ordena con un gesto seco que traigan el champagne que está enfriándose en el cubo con hielo. Un aprendiz acerca el sillón de terciopelo. Monsieur Verdi se acomoda resoplando. Ha cerrado los ojos. Luego, vuelve su

mirada hacia el maniquí vestido con el elegante smoking, esbozando una tímida sonrisa. Asiente con la cabeza. Dicen que han comenzado a ser derrotados, susurra monsieur Dupont mirando a su alrededor como si temiera ser escuchado. Parece que al duque no le importan las noticias que su sastre le transmite. Ayer fui al teatro, representaban Las moscas, y hay que reconocer que la dirección de Dullin es magnífica, y Dominique Olga está sublime, créame, se la recomiendo, y me gustaría conocer al tal Sartre. Sigue hablando. Los polacos tienen la peor suerte del mundo, comenta con un estremecimiento, hace meses la invasión del guetto de Varsovia y el descubrimiento de las fosas de Katyn, el destino, susurra. Estaba rememorando las últimas noticias cuando la puerta se abrió y el quesero de la esquina irrumpió con gesto demudado. Suda, tiembla preso del pánico. Anuncia, tartamudeando, que le han avisado que vienen a por ellos. El rostro de monsieur Verdi se ensombrece. Para qué temblar antes de que llegue la hora, musita. Pero el quesero se ha arrodillado, su cara está surcada de arrugas y lágrimas. Y monsieur Verdi saca del bolsillo de su elegante chaqueta la pitillera, la abre, está llena de polvo blanco. Es una invitación, dice, el doctor Freud asegura que alivia el dolor, y, después de respirar con fuerza, aspira. Ha cerrado los ojos. Si pudiéramos disparar, estaríamos en el combate, asegura. También monsieur Dupont aspira la cocaína. Permítales que también ellos estén preparados, dice el noble refiriéndose a los aprendices. El sastre mira con ojos asombrados, vacilando. No sabe qué hacer. Felicíteles por el smoking, es realmente perfecto, reconoce monsieur Verdi. Los aprendices aspiran el polvo blanco, sonriendo como si un ángel benévolo les hubiera transportado al paraíso. Así que no parecen inquietarse cuando oyen la camioneta detenerse en el bulevar ante la puerta de La pequeña sastrería. Ni siquiera les hace temblar el sonido que producen las culatas de los fusiles cuando rompen la cristalera de la puerta. Los soldados han entrado. Se quedan estupefactos al descubrir a los enanos que se han vuelto hacia ellos. Luego, los invasores les golpean mientras les empujan hacia la calle, riéndose. Monsieur Verdi tiene tiempo para mirar por última vez el smoking que le han confeccionado para la boda de su hija. La camioneta arranca camino de algún lugar sin nombre.

* * *

Ha llegado la hora

Está esperando desde hace horas, desde que le comunicaron que no había remedio. El hombre está acostado en su viejo camastro, que cruje, mientras escucha el animoso primer movimiento de la sinfonía 1 de Beethoven. De vez en cuando, acaricia su rostro marcado por la viruela. El sol comienza a ocultarse. Levantándose tambaleante, bebe a morro de la botella

semivacía de Jack Daniels, se acerca a la mesa sobre la que se extiende el puzzle de los cinco continentes y coloca una ficha. Ha resuelto el juego mil veces. Ha aprendido a hacer el puzzle escuchando a Beethoven. Es un tipo raro, esto piensan en Cohenville. En verdad que lo es porque las escasas veces que acude a la taberna habla de piratas y de osos blancos hasta que los jugadores de póker se van a dormir y él, entonces, le confiesa a Katy que algún día se irá. Como la camarera suele estar cansada de tanto servir hamburguesas y despedir a los camioneros que recorren las carreteras nocturnas, no le hace caso porque está harta de escuchar confidencias semejantes. Y, entrada la noche, el hombre regresa a su casa, que está en las afueras de Cohenville, para descansar con los ojos abiertos mientras escucha a Beethoven. Tal y como está haciendo en este crepúsculo, cuando el reloj que cuelga en la pared del destartado salón debiera marcar las diez de la noche si no estuviera estropeado desde hace años, desde la tarde en que el hombre que está tomando Jack Daniels disparó con su fusil contra su blanca esfera de nácar. Cuando ya la luna blanca corteja las transparencias pálidas del cercano desierto, escucha los pasos sobre la grava que rodea su casa, ladró Star, la perra canela que está tuerta desde que luchó con un coyote hambriento en el otoño de 1956, días después de que Rocky Marciano se retirara. Y reconoce la voz del alcalde, quien, después de empujar la puerta, tan sólo anuncia que ha llegado la hora. El hombre se levanta y se calza las botas altas, se ajusta el sombrero ante el espejo y, luego, con parsimonia extraña, coge su rifle. Después de comprobar que el arma está cargada, se encamina con paso lento hacia la puerta. No ha dicho nada, ni una palabra. Los dos hombres se montan en la vieja camioneta Dodge. Tampoco intercambiaron comentario alguno mientras recorrían la carretera de tierra que conduce al rancho de los Simpson. Cuando llegan, descubren a los niños que lloran apoyados en la pared de madera del establo y, de pie en la cercana colina, al granjero que mira la lejanía, de espaldas para que sus hijos no vean que también está llorando. El hombre que camina con el rifle sin mirar a su alrededor tose, se tambalea. Ha llegado la hora, se repite una y otra vez en silencio. Siempre ha evitado la mirada de sus víctimas, pero, en esta ocasión, al entrar en el establo ha oído un lamento como de niño o de pez que exhala sus últimas bocanadas de auxilio. El hombre, faltando a las normas de la disciplina que ha respetado desde hace años, desde que regresara de la guerra, levanta la mirada y descubre entonces el caballo más hermoso que ha visto nunca, inmóvil, incapaz de moverse, herido en la pata que supura sangre y pus, enseñando sus dientes grandes y amarillos como si quisiera hablar, suplicar. El hombre comprende que tiene que obrar con rapidez y resolución. Levanta el fusil y apunta a la cabeza del caballo negro. Dispara. El caballo negro da un salto y cae. Sus patas se estiran como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. El hombre susurra: se acabó. Los niños invisibles estallan en llanto cuando se acerca para darle el tiro de gracia. El hombre tararea el movimiento de la sinfonía de Beethoven que ha escuchado una y otra vez en la larga

espera de la tarde. Se dispone a irse. Pasaré a cobrar otro día, dígaselo a mister Simpson, susurra despidiéndose. No se preocupe, alcalde, regresaré andando, añade. El hombre se pierde en la lejanía, sombra de animal desolado bajo la luz de la luna. Aúllan en la oscuridad los coyotes hambrientos. No se dirige a su casa, sino que camina hasta la taberna de Cohenville. Tarda una hora poco más o menos. Cuando llega, y ya sentado, le pregunta a Katy si le puede hacer una hamburguesa, aunque sea muy tarde, y si le gustaría escuchar esta noche a Beethoven. La muchacha se echa a reír. Otra vez, replica, llevas invitándome años y ni siquiera sé de dónde es el tal Beethoven, seguro que con ese nombre es de algún estado del Este, y sabes, agrega alejándose, odio a todos los tipos del Este porque ninguno huele al perfume de las colinas, todos los que he conocido se pasan el día hablando de dólares y coches.

* * *

21'45 del 20 de abril de 1970

A Gabriel A.

Cuando el hombre abandonó la avenida Émile Zola se detuvo mirando a un lado y otro, un gato atigrado cruza y el conductor del renault frenó, el hombre que avanza con las manos metidas en los bolsos de la chaqueta oscura tiene el gesto helado, indiferente, y, cuando su pie izquierdo pisó las primeras losas del puente Mirabeau, no sintió vacilación alguna, limitándose a buscar apoyo en el pretil para dejar que su mirada se pierda en la oscuras aguas del Sena, podría haber dedicado un recuerdo a Gisèle, incluso disculparse con su hijo muerto, François, aquel cuerpecillo menudo y agónico que tuvo la vida blanca de la mariposa, pero la verdad es que el hombre que se adentra en el puente Mirabeau tan sólo piensa extrañamente en su gusto por los diccionarios y se siente emocionado al sentir el renacido aroma de las amapolas, y nada más piensa, se va a suicidar, y, sin embargo, tan sólo piensa en asuntos tan banales como estos, diccionarios, amapolas, no sonrío, su gesto es el propio de quien ha escrito, por ejemplo, oh ese centro errante, vacío, hospitalario, y, entonces, en este momento, un rizo nocturno de agua se elevó como un ángel cansado, y el hombre susurró lo siguiente, musitó cabalgué por la nieve, ¿me oyes?, una pareja abrazada le preguntó si le ocurría algo, y el hombre negó sin volverse porque sus ojos miraban las aguas del Sena, escuchó las risas de la muchacha a lo lejos, y entonces, su cuerpo voló como una hoja dañada por el aire del otoño, a la hora en que vuela la lechuza, cayendo, interminable el viaje, oh tallos, vosotros, tallos, vosotros, tallos de la noche, y, mientras su cuerpo caía, se preguntó por qué no había acudido a la cena con Beckett y por qué Claire Goll

intentaría falsificar su vida, lo piensa, se lo pregunta, mas el cuerpo ya se ha sumergido en las aguas del río como el sol en el cristal, sin apenas ruido, vano y orgulloso a un tiempo, y el hombre ya no tiene las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta oscura, ni siquiera tiene recuerdos, y le es imposible recordar que había enseñado alemán en la Escuela Normal Superior, y ya nada, el gato atigrado se desperezó de su letargo y miró la corriente del Sena que se lleva un cuerpo, lo arrastra envuelto en las inmundicias, hora de la lechuga, y las gentes, durante los días siguientes, hablaban en las tabernas de la recuperación de los astronautas americanos que habían amerizado sanos y salvos en el Pacífico, de asuntos de tal calibre, de los nuevos espectáculos, de la separación de los Beatles, la vida continuaba, el cuerpo fue arrastrado por las aguas del Sena, el hombre que ha muerto no acude a sus clases, los bouquinistes abren sus tiendas para vender a los turistas ediciones abaratadas, se bebe vino, los coches circulan, los maleantes roban, se conciertan citas para Máxime, la gente solloza, es verdad, porque han muerto 37 internos en un sanatorio de los Alpes, el cuerpo del muerto sigue su camino, nadie se pregunta nada, el gato atigrado va de aquí para allá, esquivando renaults y gendarmes, en el suburbio se despioja a las niñas, la librería Gallimard está abierta, y el cuerpo seguirá arrastrado por las aguas del río hasta el 1 de mayo cuando un pescador se asusta al encontrar un cadáver varado como una ballena, hinchado, carcomido como el viejo sombrero de un héroe que se fue a la guerra, y el pescador gritó, telefona, la policía acude presurosa, tardan en identificar al muerto, nadie se pregunta nada, el entierro es sencillo, sobre el féretro alguien arroja una amapola marchita, hermosa flor, todo lo bello se marchita con elegancia, como las amapolas, y podemos llegar al cementerio Thais en las afueras de París, parcela 13, línea 12, con la intención de hallar respuestas, para qué, nada, un hombre acaba de cruzar otra avenida caminando con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta blanca, otro río, tropieza con un gato atigrado, sonrío, su gesto no es de pena, sino de lucidez.

* * *

Homenaje a B.

Nadie lee a Beckett en agosto.

Nadie lee a Beckett en las cafeterías abarrotadas, ni en las estaciones donde se espera el tren.

Nadie lee a Beckett en las universidades. Los adolescentes no saben quién es Beckett.

Los administrativos no leen a Beckett.

Los veraneantes no llevan en sus maletas los libros de Beckett.

Las coristas no saben quién es Beckett.

Los que van a los conciertos de rock desconocen quién es Beckett.

Las televisiones no hablan de Beckett. En los programas culturales de las radios no se habla de Beckett.

No hay libros de Becket en las bibliotecas públicas.

A veces dudo cómo se escribe Beckett.

Beckett.

Escribió Nada. Beckett.

Los futbolistas no conocen a Beckett, y tampoco los boxeadores.

Los administradores de fincas apostarían porque Beckett es un jugador de béisbol.

José Luiz Rodríguez García

Né à León, en 1949, José Luis Rodríguez García est Professeur de Philosophie à l'Université de Saragosse.

Publications :

Philosophie :

Antonin Artaud, Barcelona, Barcanova, 1981, 160 pp. *F. Hölderlin: el exiliado en la tierra*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1987, dos volúmenes, 410 y 442 pp. *La mirada de Saturno. Pensar la Revolución (1750-1850)*, Madrid, Revolución, 1990, 347 pp. *Verdad y escritura*, Barcelona, Anthropos, 1994. *Marx contra Marx*, Madrid, Endymion, 1996, 313 pp. *La palabra y la espada*, Madrid, Talasa, 1997, 346 pp. *Mirada, escritura, poder*, Barcelona, Ed. Bellaterra, 2002, 358 pp. *J-P. Sartre: la pasión por la libertad*, Barcelona, Ed. Bellaterra, 2004, 447 pp. *Crítica de la razón postmoderna*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, 314 pp.

Littérature :

Tan sólo infiernos sobre la hierba, León, CSIC, 1980. Poesía. (Premio Bienal Provincia de León). *El cuaderno con un ciervo marrón en la portada*, Alicante, 1980 (Premio Gabriel Sijé). *El laberinto de los espejos*, Madrid, Orígenes, 1986. *Relatos. Adiós, Buonarroti*, Zaragoza, Ed. Del Valle, 1988. *Relatos. (Premio Pérez Galdós). El rorcual azul*, Alicante, Aguaclara, 1991. *Novela. (Premio Ciudad de Valencia). Y después de abril*, Zaragoza, DGA, Colección Crónicas del alba, 1992. *Novela. Las diversas lunas de la noche*, Madrid, Endimión, 1991. *Relatos. Luz de géminis*, Madrid, Endimión, 1992. *Poesía. En la noche más transparente*, Zaragoza, Olifante, 1993. *Poesía. Cuéntame una historia, por favor*, Zaragoza, Mira, 1994. *Relatos. Manos negras*, Madrid, Alfaguara, 1996. *Novela. Pentateuco para náufragos*, Madrid, Huerga&Fierro, 1998. *Poesía. Al final de la noche*, Madrid, Huerga&Fierro, 1999. *Novela. Fotogramas del diluvio*, Madrid, Huerga&Fierro, 2000. *Relatos. El ángel vencido*, Madrid, Huerga&Fierro, 2001. *Novela. El hombre asediado*, Madrid, Huerga&Fierro, 2004. *Novela. En la última ciudad*, Zaragoza, PUZ, 2004. Poemas.

Escritores españoles (2007/07).

Leer también :

[Palabras liminares / Paroles liminaires](#)

ROBERTO GAC

[Urco, el perro del mar / Urco, chien de mer](#)

ANTON CASTRO

[Poemas / Poèmes](#)

ANTONIO ANSON

[El huérfano / L'orphelin](#)

CARLOS CASTAN ADOLZ

[Enrique Vila-Matas pierde pie / Enrique vila-Matas perd pied](#)

DAVID MAYOR

[El veneo de la risa / Le venin du rire](#)

FÉLIX TEIRA CUBEL

[Licantropia \(Itinerario para una novela\) / Lycanthropie \(Itinéraire pour un roman\)](#)

JOSÉ GIMENEZ CORBATON

[Relatos / Récits](#)

JOSÉ LUIZ RODRIGUEZ GARCIA

[Nembrot](#)

JOSE MARIA ALAVREZ

[Poemas / Poèmes](#)

MANUEL VILAS

[Somontano 36](#)

RAMON ACIN FANLO

[De Raíces y Fugas / Des racines et des fugues](#)

PILAR NASARRE